

PASTORAL, PREDICACION, CATEQUESIS

(FIN)

En la primera parte de nuestro artículo hemos presentado la naturaleza y sectores de la *pastoral* y sus principios fundamentales. En la segunda, el objeto y naturaleza de la *predicación* y la exigencia que entraña para el hombre¹. Consideramos en esta tercera parte los grados y formas que adopta la predicación, según la división arriba señalada, y prestamos especial atención a ese sector que más nos interesa y que denominamos *catequesis*.

TERCERA PARTE: LA CATEQUESIS

Sin entrar de nuevo en cuestiones de terminología, entendemos por catequesis la predicación de la iniciación cristiana, dirigida a quienes ya aceptaron a Cristo y se convirtieron a El por la fe. La catequesis tiende a un conocimiento más profundo y desarrollado de Jesucristo y sus misterios. Designábamos con el término *kerigma* («evangelización», prefiere Grasso en su artículo último)² esa primera presentación de Cristo a los paganos, que luego ha de desarrollarse en la catequesis. En los países de tradición católica, como el nuestro, aquella primera fase queda englobada en la segunda: la *catequesis* comprende toda presentación del mensaje cristiano, incluso la más elemental. Se corre con ello el riesgo de olvidar aquel núcleo fundamental de la primera exposición cristiana que da el *kerigma* y el de no conservar los caracteres y efectos que le son propios, y que permanecen siempre como normativos y presupuestos en toda exposición ulterior. Por eso, nos vamos a detener brevemente en la consideración del objeto, modo y efectos del *kerigma*.

EL KERIGMA EN EL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

En el Nuevo Testamento, el término *kerigma* se encuentra sesenta y una veces. Significa el mensaje o evangelio, ya en su mismo

¹ Véase SINITE 2 (1961), 257-286.

² GRASSO, D., *Evangelizzazione, Catechesi, Omilia. Per una terminologia della predicazione*, Greg 42 (1961), 242-267.

contenido (léase como ejemplo I Cor. 15, 1-4), ya en el acto de su proclamación (I Cor. 1, 21). El libro de los Hechos de los Apóstoles³ nos ofrece numerosos y típicos ejemplos del primitivo kerigma cristiano: varios sermones de Pedro (Act. 2, 14-39; 3, 12-26; 4, 8-12; 10, 34-38); los de Pablo a los judíos y paganos (Act. 13, 16-41; 17, 22-31); el de Felipe al Etíope (Act. 8, 26-39). Esta proclamación es solemne y pública, pues se destina a todos los hombres sin excepción, según el mandato y la misión de Jesucristo (Mt. 28, 18-20; Act. 1, 8). De hecho, los Apóstoles dan a su predicación la máxima publicidad: predicán en el templo y en la plaza, en los procesos ante el Sanedrín, en los viajes y persecuciones (Act. 8, 4; 14-6-7); en las sinagogas y el Areópago (Act. 17, 17-22); al centurión Cornelio y al ministro de la reina de los etíopes (Act. 10, 8). San Pablo podrá escribir, citando el salmo 19: «Por toda la tierra se difundió su voz, y hasta los confines del orbe su pregón» (Rom. 10, 18).

El *objeto* del kerigma es la persona de Jesucristo, los hechos de su vida y, en particular, su muerte y resurrección (Act. 1, 22; 2, 14-19; 4, 33). En el sermón de San Pedro en el templo, Jesucristo es presentado como el «Siervo de Dios, el Justo y Santo, el Profeta, el Príncipe de la vida» (Act. 3, 13-26). Otras denominaciones resumen la presentación de Jesucristo: «Salvador, Señor y Cristo» (Act. 5, 31; 2, 36), «Señor Jesús» (Rom. 10, 9). Resumen del kerigma apostólico es el llamado «símbolo de los apóstoles», síntesis de la historia de la salvación.

Esta primera presentación de Cristo no es principalmente apologetica ni teológica; no intenta demostrar la racionalidad de esa nueva religión, ni su valor moral, sino que tiende a provocar la fe por la sola presentación, por un fenómeno de *comunidad*, de *simpatía*; el kerigma es una «epifanía», cuya evidencia y dinamicidad vence los obstáculos y se impone. Los Hechos de los Apóstoles señalan repetidamente este fenómeno de contagio, por el que nuevos y numerosos adeptos se suman al número de los creyentes (Act. 2, 41; 4, 4; 5, 14; 6, 7); muestra también cómo la fe de los oyentes y convertidos es fe en la persona de Cristo, y no en una verdad determinada (Act. 16, 31; 8, 37; 9, 42). A esta aceptación global seguirá la catequesis, que expondrá las implicaciones doctrinales y mo-

³ Remitimos a la bibliografía señalada en la nota 32 de nuestra segunda parte; y a la indicada sobre *Teología kerigmática y Predicación kerigmática*, en SINITE 1 (1960) 22-23, 298-299.

rales que aquella aceptación exige. Ya dijimos cómo la respuesta de los oyentes no es siempre positiva; puede darse la reacción negativa. Lo que no cabe es la indiferencia ante el problema que plantea el kerigma.

La *Iglesia* aparece como la sociedad de aquellos que aceptaron el kerigma y fueron bautizados (Act. 2, 41-42). La relación entre la predicación de la palabra y la edificación e incremento de la Iglesia queda también expresada en el libro de los Hechos: «La palabra de Dios fructificaba, y se multiplicaba grandemente el número de los discípulos en Jerusalén, y numerosa muchedumbre de sacerdotes se sometía a la fe» (6, 7).

Aunque esta predicación de Cristo no sea apologética, su aceptación no es irracional, pues a la predicación acompañan los *milagros*, signos de la asistencia divina a los predicadores evangélicos. La multiplicación de los milagros crea entre los oyentes una atmósfera especial de temor sagrado (Act. 2, 43). Varias veces señala también el texto inspirado la relación entre los milagros y la fe (Act. 5, 14-15; 8, 6; 9, 35; 13, 12); y la iglesia apostólica de Jerusalén pide al Señor: «Da a tus siervos hablar con toda libertad tu palabra, extendiendo tu mano *para realizar curaciones, señales y prodigios* por el nombre de tu santo Siervo Jesús» (Act. 4, 29-30). No solamente los milagros físicos, sino también los morales, inducen a la conversión. Los sanedritas se maravillan de la *audacia y libertad* con que proceden Pedro y Juan (Act. 4, 13); Esteban aparece «lleno de gracia y de virtud», y habla con poder y sabiduría, a los que no pueden resistir los de la sinagoga (Act. 6; 8-10); Pablo y Bernabé hablaron de tal modo en la sinagoga de Iconio, que creyó una numerosa multitud de judíos y griegos (Act. 14, 1). Esta audacia y libertad es la fortaleza («virtus») del Espíritu Santo, que Cristo había prometido a sus apóstoles para que fueran sus testigos hasta el fin del mundo (Act. 1, 8). A este testimonio se une el de la vida ejemplar de la comunidad cristiana (Act. 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16), y en particular la *alegría*, el *gozo* de los cristianos, muchas veces señalados en el libro inspirado (Act. 2, 46; 8, 8; 8, 39; 13, 48; 15, 31...), y que muestran que la predicación del evangelio es realmente una «buena nueva». Los milagros físicos irán disminuyendo a medida que la Iglesia, por su misma vida y santidad, sea testimonio constante de la presencia de Dios en el mundo y de la trascendencia del mensaje cristiano.

DEL KERIGMA A LA CATEQUESIS

En la primera epístola a los corintios distingue *San Pablo* la primera presentación de Cristo, de la que se reserva a los perfectos, a los espirituales. A éstos les habla una sabiduría divina y misteriosa, que aquéllos no pueden entender porque son todavía carnales, niños en Cristo, a quienes sólo puede darse a beber leche, y no comida (I Cor. 2, 1-7; 3, 1-2). Acudiendo a otras metáforas, habla San Pablo del que planta y del que riega, del que pone los cimientos y del que edifica sobre el único fundamento, que es Jesucristo (Ibid. 3, 6-11). La epístola a los hebreos señala también ese progresivo estadio de los oyentes, a cuya capacidad debe adaptarse la presentación de la doctrina (Heb. 5, 10-6, 3). Después que el Apóstol recuerda a los corintios el evangelio que les ha predicado, deduce de él conclusiones doctrinales: si Cristo resucitó, los muertos han de resucitar (I Cor. 15, 12 ss.). *San Lucas*, a su vez, dirige su evangelio a Teófilo «para que conozca la firmeza de la doctrina que ha recibido» (Luc. 1, 4). El núcleo, pues, de la predicación cristiana —el kerigma o evangelio— debe crecer y explicitarse por la catequesis, en la que los misterios de Cristo se exponen detenidamente. Los evangelios y epístolas del Nuevo Testamento tienen su origen de la catequesis de los apóstoles o constituyen la misma catequesis apostólica.

La *exigencia y necesidad* de este ulterior desarrollo de la fe, que supone la catequesis, vienen dadas por la naturaleza misma del kerigma y por la del hombre que lo aceptó. Quien se entregó a Cristo por la fe y el amor, desea conocer más profundamente su persona y sus misterios, su vida y su doctrina. La ciencia y la historia profanas plantearán también al cristiano nuevos problemas, que deberá considerar a la luz de Cristo. En fin, las exigencias de unidad e intelección del espíritu humano postulan el estudio ulterior de los datos de la historia de la salvación, que la Escritura presenta de modo asistemático y sin unidad evidente. Tal es el objeto de la catequesis y de toda enseñanza religiosa. Pero éstas deben conservar, por razón de su origen y en función de las circunstancias, ciertos caracteres propios del kerigma. Señalemos de momento los dos más evidentes.

La catequesis deberá aparecer como *historia*, ya que expone los hechos de la historia de la salvación, las maravillas de Dios, y no un sistema de verdades. Esta sistematización será efecto del desarro-

llo pleno de la catequesis, que constituye la ciencia teológica («didascalia», según el Nuevo Testamento); pero en sus grados elemental y medio (lo que hemos llamado «catecismo» y «didaché») debe conservar, en su conjunto, esta perspectiva histórico-bíblica. Si nuestros textos y cursos de catecismo son más sistemáticos que histórico-bíblicos, se debe a que se presentan como compendios de teología, con todos los inconvenientes que ello implica.

Que el kerigma origine la catequesis, determina en qué sentido deba ésta ser *progresiva*. El centro lo constituirá siempre la persona de Cristo. La catequesis no será sino la evolución del conocimiento de Su persona. El progreso deberá realizarse de lo implícito a lo explícito. Las verdades deberán trabarse entre sí, no al modo de una cadena, sino como un círculo, en el que los radios brotan del centro y se unifican en él.

TEOLOGÍA Y CATEQUESIS ⁴

Es común la opinión de que la Teología escolar, con sus tesis y abstracciones, no sirve para la catequesis, para la predicación pastoral. Más antigua y profunda es la ruptura entre teología y espiritualidad, que se yuxtaponen, con perjuicio para ambas. De aquí la falta de unidad en la conciencia del catequista y del futuro apóstol: los estudios religiosos, los ejercicios espirituales, el trabajo apostólico, no se armonizan en la síntesis que daría unidad y plenitud a su vida. ¿No es acaso la teología quien debería hacer posible esta síntesis...? Pero la teología sigue siendo considerada y presentada a menudo como una ciencia abstracta, intemporal, sin incidencia en la espiritualidad y la pastoral. Este problema práctico entraña (como siempre) un problema teórico: el de la naturaleza y fin de la teología, y el de su relación con la pastoral, y en particular con la catequesis.

Hace casi treinta años que la teología kerigmática ha pretendido superar esta ruptura. Los pastores y los teólogos intentan elaborar la Teología del apostolado y la Teología pastoral, en las que ocuparía lugar importante la Teología catequística; ésta iluminaría el valor de la catequesis cristiana como misterio de salvación. Consideremos aquí brevemente las *relaciones* de la teología con la catequesis.

⁴ Para este epígrafe y el siguiente, véase: HIRTZ, P., *Théologie et catéchèse*, NvRvT., 1955, 897-924, con amplia bibliografía; y S. GALLEGU, F.S.C., *La teología peculiar del catequista*, SINITE 4 (1961), 43-58.

La Teología es la *ciencia* de la palabra salvífica de Dios; la catequesis es el *anuncio* de esta misma palabra. La teología busca, por lo tanto, la inteligibilidad de la palabra divina: analiza, ordena y sistematiza los datos revelados. La catequesis intenta actualizar y hacer eficaz esa palabra en la vida humana. Pero es claro que las leyes de la elaboración científica y las del anuncio salvífico difieren profundamente. Comparándolas al alimento material, decía Newman: «No se toma a un químico por cocinero.»

En la enseñanza de los Padres y Doctores de la Iglesia, catequesis y teología aparecen con caracteres fundamentales comunes, en simbiosis profunda, que hacen de la teología una catequesis profundizada. En los grandes teólogos medievales, particularmente en Santo Tomás, se mantiene la unicidad de la doctrina sagrada, a pesar de sus formas diversas. Pero en los siglos siguientes se hizo de la teología «ciencia de conclusiones demostradas», se seccionó en ramas y especialidades; sufrió la influencia del nominalismo y del racionalismo; y resumida (y empobrecida en parte) pasó a los manuales escolares y a los catecismos de los últimos siglos.

Pero, después de veinte siglos de vida cristiana, la kerigmática no puede ser una «ficción arqueológica» (H. Dumery). La renovación catequística está primordialmente en función de la *preparación de los catequistas*. La pobreza doctrinal, el antropomorfismo exagerado, el moralismo, el abuso del método lógico-deductivo..., que achacamos a la enseñanza catequística que hemos heredado, ¿no dependen, sobre todo, de la formación fraccionada y anémica de los catequistas? Y la hodierna renovación bíblica, litúrgica, catequística, ¿no es fruto del retorno a las fuentes de la teología y de su unificación en la pascua de Jesucristo y los cristianos?

CUALIDADES DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

El remedio debe venir de la reorientación de la teología (y, en general, de la enseñanza religiosa superior), según las *cualidades fundamentales* que deben tener como «*intellectus fidei*», como estudio y profundización de la palabra de Dios.

Este estudio y esta enseñanza han de ser, ante todo, realizadas con *espíritu religioso*: con fe humilde y orante, alerta y obediente, penetrante y consecuente. Las curiosidades seudoespeculativas, los desarrollos sutiles vacían de misterio las verdades religiosas y en-

gendran una enseñanza y una ciencia fatigadas y estériles. Con razón dice Congar que «el problema de la teología viva no es una cuestión epistemológica, sino que es el problema del teólogo». El teólogo, el catequista, será quien impregnará, con su actitud religiosa, toda su enseñanza.

Los últimos Papas han recomendado el *volver a las fuentes* de la revelación para vigorizar y renovar la enseñanza religiosa⁵. La teología tendía a abandonar el dato religioso a favor de la construcción lógica; el texto bíblico se citaba para «probar» las consideraciones teológicas o la dialéctica conceptual; la teología especulativa se separaba de la exégesis y aun de la teología positiva. El volver hoy al dato bíblico, a la teología bíblica, revela el primado de la palabra de Dios en la misma estructuración y formulación de la doctrina sagrada.

La enseñanza religiosa debe *sincretizarse en el único designio de Dios*, para no perderse en el «cosismo y atomización teológica» (Congar) de los que aún adolecen bastantes manuales de teología, que reflejan las controversias antiheréticas o los problemas filosóficos que mediatizaron el desarrollo de la teología a lo largo de varios siglos de su historia. Por eso, hasta hoy, eran diversas las síntesis científica de la teología utilizada en dogma y moral, y la síntesis bíblica y litúrgica que servía a la catequesis. Sin embargo, ambas síntesis deben estar en función y en proporción del núcleo de la Revelación: el plan de Dios en Jesucristo nuestro Señor. Esta fidelidad a la estructura bíblico-histórica unificará debidamente la enseñanza de la doctrina revelada.

El *crisocentrismo* es la forma bíblico-soteriológica del teocentrismo. Jesucristo es la «plenitud de la palabra de Dios», «la ciencia y sabiduría de Dios», «el Mediador único entre Dios y los hombres» (I Tim. 2, 5-6). El centro de nuestra teología de «viadores» y de nuestra fe no es Dios en sí, sino «la gloria de Dios en el rostro de Cristo» (II Cor. 4, 6). Por eso, no basta una yuxtaposición o adición material de ciertas tesis, sino que se requiere su reorientación desde la perspectiva de «Dios reconciliándose con el mundo por Je-

⁵ Recordamos únicamente este párrafo de la *Humani generis*: «Ambas fuentes de la doctrina divinamente revelada [Sagrada Escritura y Tradición], contienen tantos y tan grandes tesoros de verdad, que realmente jamás se agotan. De ahí que, con el estudio de las sagradas fuentes, las ciencias sagradas se rejuvenecen constantemente; mientras por experiencia sabemos que la especulación que descuida la ulterior investigación del depósito sagrado, se hace estéril». (DB 2314.)

sucrismo» (II Cor. 5, 19), es decir, desde la perspectiva del Misterio pascual. De nuestras lecciones y catequesis debe surgir la impresión de Pentecostés: «Les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios» (Act. 2, 11). La enseñanza religiosa y la teología deben esforzarse por integrar el trabajo especulativo en los datos revelados, y no a la inversa. De otro modo, constituirían la elaboración de una metafísica sacra, que podría llegar (en frase de San Gregorio Nazianceno) hasta «la idolatría del concepto».

Si la teología, en cuanto ciencia, no busca directamente la edificación de los fieles, no puede, sin embargo, desentenderse del *empeño salvífico*, ya que tal es el designio de Dios en la revelación: «Propter nos, homines, et propter nostram salutem.» Como la palabra divina que anuncia, la teología y la enseñanza religiosa han de preocuparse del hombre en su realidad total y actual. Deben, pues, estar abiertas a los problemas de la Iglesia de hoy y ser en ella la «fuerza divina para la salvación de todos los que creen» (Rom. 1, 16).

En la *enseñanza de la teología* habría que distinguir prácticamente entre la formación del investigador en la Universidad y la formación para la acción pastoral en los seminarios y casas religiosas. En éstos, sobre todo, la teología-ciencia debe tener una orientación catequística, de modo que responda a las exigencias científicas, espirituales y pastorales de la formación; y ha de lograr la unidad, evitando la nociva dispersión psicológica y la formación de una espiritualidad adogmática. Se exige, pues, un esfuerzo de integración para que la catequesis informe la teología y ésta alimente a la catequesis.

CONCLUSION

A lo largo de estas páginas hemos recordado algunos principios doctrinales, volviendo nuestra mirada al campo del apostolado de la Iglesia, y en particular al sector del apostolado de la Palabra de Dios por la predicación y catequesis. Lo hemos hecho para confirmar al catequista (cualquiera que sea su estado de vida y el modo de su apostolado) en su fe de que está cumpliendo una misión eclesial, sobrenatural, que da sentido a su vida y a su sacrificio⁶. Algunos ignoran el valor y urgencia de esta tarea; otros, movidos por

⁶ Véase la reciente obra: *Misión del catequista en la Iglesia*, cuya presentación ofrecemos en las páginas de este mismo número de SINITE

consideraciones mundanas, o las menosprecian, o pretenden monopolizarla.

Para el ministerio de la Palabra divina no se requiere la ordenación sacerdotal; basta la misión de la Iglesia, que de hecho se otorga cada día con más frecuencia a los seglares. Antes de cualquier consideración legal, todo católico adulto tiene el deber de transmitir de algún modo la doctrina de Jesucristo a quienes dependen de él; para los padres, maestros, publicistas, gobernantes, etc., es éste un deber indispensable; deber que puede resultar difícil cuando falta la comprensión y el ejemplo de quienes están obligados a este ministerio por vocación y estado. La palabra de Dios debe ser entre nosotros fermento de la sociedad, creadora de la Iglesia; pero hoy se anuncia poco y de modo inadecuado.

Por ello, le queda al catequista el deber indispensable de prepararse y formarse a su misión, por respeto y exigencia de la misma palabra de Dios, a la que quiere servir. Se requiere su preparación *religiosa* por la oración y vida espiritual basadas en el dogma; su preparación *doctrinal*, por el estudio sostenido y profundo de la doctrina católica; su preparación *profesional*, por el estudio y la práctica de la pastoral catequística, la pedagogía y psicología; su formación *humanística* en general, para conocer al hombre y al mundo actual, sus medios y ambientes diversos. Para todo esto se requiere tiempo y seriedad; se requiere sentido práctico que baje a la realidad, y no se quede en la ponderación de las excelencias e ideales de la misión del catequista. El idealismo, la inconsecuencia, el milagrismo, nos acechan de cerca a la hora de prepararnos y de responder dignamente a la vocación y misión de la Iglesia en este sector vital de su apostolado, que es el anuncio de la palabra de Dios.

Ignacio MENGES, F.S.C.